

PREMIO "JUAN VALERA 1951"

Don Juan Valera: Un aspecto de su vida

Autor: El Marqués de Dosfuentes

Como lo conocí

Conocí a D. Juan Valera recién llegado yo a Madrid en 1892, en un almuerzo del Marqués de Jerez de los Caballeros, hermano gemelo del Duque de T'Serclaes, grandes aristócratas sevillanos. Eran también sevillanos los Marqueses de la Paniega, sobrinos carnales de D. Juan e íntimos amigos de mi familia y míos. Este fué un lazo de unión con D. Juan al conocerlo yo.

Me convidó a almorzar para cuatro días después. Llegué a su domicilio, un elegante piso bajo-entresuelo de una lujosa casa de la Cuesta de Santo Domingo, no sin cierto temor. Había yo oído hablar de las distracciones frecuentes del célebre escritor. Se acordaría de mí? Pues bien, se acordó.

Fué un almuerzo inolvidable, mano a mano con aquel personaje famoso, como si fuese un íntimo amigo mío de siempre. Tales eran la llaneza, la sencillez y la cordialidad de aquel gran señor a la anti-gua usanza española.

Castelar y D. Juan

De las distracciones memorables de él recordaré una que me fué referida por su esposa D.^a Dolores Delavat, hija y hermana de Ministros diplomáticos.

Dos días después de casada, a las ocho y media de la noche, el criado, azorado, se acercó a la señora diciendo: D. Emilio Castelar está ahí; viene de frac para comer.

Entró D.^a Dolores en el salón. —Sr. Castelar, le dijo, viene usted a comer con nosotros, no es eso? —En efecto, Juan me invitó el Jueves para que la conociese a Vd. —Pues tendrá Vd. que conformarse conmigo. Ya Vd. conoce las distracciones de Juan. —Cómo no? Son famosas, proverbiales. —Pues, se ha marchado para comer en otra parte.

Castelar vió el cielo abierto, de alegría. Su ideal era el monólo-

go y su felicidad en aquel caso era tener por auditorio a una mujer joven, linda, elegante, encantadora, culta, que le escuchara embelesada, pues el célebre orador era un conversador famoso. Y así fué, así ocurrió.

Carácter de D. Juan

Tenía D. Juan un carácter admirable o, por lo menos, así se lo parecía a todo el mundo. ¿Se enfadó D. Juan alguna vez? Lo vió alguien irritado, colérico, echando chispas por los ojos y espuma por la boca? No creo que nadie lo viese así jamás. Su apacibilidad no podía ser solo externa. Es que en su espíritu no había jamás discordancia, ni estridencia, ni truculencia, ni combatibilidad.

Era un caso de hedonismo? De «joie de vivre» como dicen los franceses al goce de vivir? Era, en rigor, lo que los griegos llamaron «sófrosine», un equilibrio físico y espiritual, la serenidad helénica, olímpica, que se atribuye a Goethe, una placidez beata del que se encuentra más allá del bien y del mal, un desapasionamiento como el de aquel que se halla a una cierta distancia de todo, una frialdad espiritual por el estilo de la del famoso erudito francés post-renacentista Du Tange que, el día de su boda, tras las ceremonias consiguientes se despidió de su esposa por tres horas para encerrarse como todos los días en su biblioteca para continuar su monumental Diccionario histórico-jurídico y que, en otra ocasión, habiendo venido un sirviente a decirle, mientras estaba escribiendo, que había un incendio en la casa, le replicó que eso era cosa que correspondía resolver a la señora.

De los dos cordobeses, como D. Juan, Lucano y Séneca, D. Juan no tuvo nada de aquél, que era el huracán, el tifón, la tempestad desencadenada, y sí algo de éste en su estoicismo, desangrándose en su bañera al suicidarse, conversando serenamente con sus amigos acerca, tal vez, de la inmortalidad del cangrejo.

Don Juan no era un epicúreo, saboreando el placer de la existencia, paladeándola como si fuese un confite. Era, en el fondo, un filósofo que está de vuelta de todo, que ha penetrado en el secreto de todos y que ha aprendido ya que todo es uno y lo mismo y que no hay nada en el mundo que merezca el desarreglo de una crisis nerviosa. D. Juan llevaba en sus venas la experiencia secular de su raza, el sedimento de la cultura turdetana, esto es, andaluza, desde los tiempos de Gárgoris el Melícola, Rey de los Bosques tartésios en los albores de la Edad forestal.

Don Juan y Unamuno

Caso típico del escepticismo filosófico de D. Juan es la anécdota conocida por todos en el Madrid intelectual de entonces, sobre la cátedra de griego en unas oposiciones memorables.

Era para la Universidad de Salamanca y se presentaban dos aspirantes: el uno, granadino, con preparación extraordinaria, llamado Ganivet, el autor del «Idearium español» y el otro vizcaino, gran conocedor de las concordancias genuinas de su lengua natal, pero apenas iniciado en las generalidades del habla de Aristóteles y Alcibiades.

Dijo una vez Unamuno en su clase salmantina, que había llevado doce años explicando griego sin haber logrado saberlo. Al fin lo conseguí, añadió. Ahora bien; terminados los ejercicios de oposición, deliberaron los jueces del tribunal. Eran éstos: D. Juan Valera, helenista, traductor de «Dafnis y Cloe», Presidente, un célebre Catedrático de la Universidad Matritense, sabio erudito de la literatura y otro colega de él.

El máximo erudito, por razones de proselitismo al parecer, queriendo atraer al buen camino a aquella oveja descarriada en la selva del racionalismo revolucionario, proponía con afán al candidato vizcaino en contra del granadino, propuesto sin vacilar por el Presidente.

El sabio Catedrático cortó la discusión diciendo que él contaba con el voto incondicional de su colega. Eran, pues, dos votos, los cuales constituían mayoría enfrente del voto aislado de D. Juan. ¿A qué, pues, formular este voto particular en contra si la mayoría era la que había de triunfar? D. Juan, filósofo, firmó el acta, y Unamuno ganó su cátedra en paz.

Al serle comunicado el resultado, el futuro polemista aguardó al Presidente a la puerta de la Universidad para expresarle su gratitud. —Nada, nada, le respondió el admirable autor de «Pepita Jiménez», yo no he hecho más que firmar en blanco. Y ahora, añadió, señor Catedrático, a estudiar griego y a aprenderlo.

Una variante del aspecto de D. Juan

Variante psicológica del aspecto del insigne literato fué la de su espíritu, que podemos denominar rural, esto es, regional, provincial, municipal: concejil. Nacido en Cabra, D. Juan desarrolló su juventud en Granada, en donde siguió su Carrera de Derecho. Después, a

muy poco tiempo, ingresó en la Diplomacia yendo de Agregado a Nápoles, cuya Legación regía el famoso Duque de Rivas, el autor de «Don Alvaro». Aquí agotó D. Juan las veleidades románticas, sentimentales, amorosas, propias de la juventud.

De aquí pasó a San Petersburgo, a las órdenes del incomparable Duque de Osuna, el último Duque histórico de su Casa, del que se cuentan tantas famosas anécdotas que produjeron su célebre ruina. No quería que le llamasen señor Duque, sino «Mi General», grado que había ganado ascendiendo punto a punto y no en la Corte, sino en el campo, en la guerra.

El personal de la Embajada tenía alojamiento y alimentación en ella, con un camarero cada uno, un coche y un asiento en los palcos que el Teniente General tenía en todos los teatros de la Corte Imperial. D. Juan no gozó mucho tiempo de esta Jauja. Si era gran conversador, no era menos fecundo como escritor de cartas. Así, su espíritu zumbón se deslizó en su correspondencia con algún amigo indiscreto o mal intencionado, que dió lectura a sus cartas, dando lugar a que el Embajador, mortificado, pidiese su traslado a otro puesto.

Don Juan, pues, conviviendo con los mayores personajes de su época, en las más grandes sedes de Europa y de América, habitando en las mayores capitales del mundo, no menciona jamás en sus obras a ninguna. Como ha sido observado con sorpresa, lo que menciona con gran insistencia son los alfajores de su tierra natal, las yemas de Cabra o de Doña Mencía, las chucherías monjiles de su infancia, todo, en suma, lo que sea cordobés, pero nada internacional, cosmopolita, que era lo propio de este Embajador de Carrera.

Andaluz hasta la médula, aunque sin el menor acento seseante, no ceceante como dicen los castellanos y repiten los mismos andaluces a veces, víctimas de los tópicos consagrados, era D. Juan un caso de ancestralismo, de atavismo, de tradicionalismo espiritual irrefrenable, muy por encima de todo el medio ambiente.

Era como los Patricios de los buenos tiempos de Roma, que regresaban con los honores del triunfo y empuñaban la esteva en sus campos como si fuesen labriegos de si mismos. Tal fué también el espíritu de aquel célebre Adalid conquistador de Sevilla, el memorable Vargas, denominado Machuca, sorprendido por San Fernando yendo éste a caballo por el camino de Toledo, arando como un colono su tierra. —Cómo, vos así?, preguntó el Rey deteniéndose. Y el

glorioso señor de la gran Casa de Vargas respondió: —Señor, aquí como veis y allí como sabeis.

Su empaque y abolengo

Era de buena estatura y de contextura recia, aunque no grueso, la cabeza bien plantada, la nariz corta y recia. Usaba como corbata una chalina pequeña y tenía todo el aspecto de un gran señor francés del segundo Imperio, Consejero de Estado, de personaje de alta categoría. El bigote blanco recortado, el cabello, bien poblado, peinado en raya central, correctamente vestido por buen sastre, de levita casi siempre, su aspecto fuese imponente si su palabra siempre afable y sencilla, no le hiciese simpático y atrayente.

Pertenecía D. Juan a un ilustre linaje. Famoso fué su apellido en el siglo XV por Mosén Diego de Valera, Caballero, tan notorio en Armas y Letras. Los Valera cordobeses fueron Caballeros Maestranes de Ronda, y Caballeros Guardias Marinas como el padre del autor de «Juanita la larga». Este casó con la Marquesa de la Paniega, una Alcalá-Galiano, de la familia del Conde de Casa-Valencia, que obtuvo la Grandeza de España.

Hermana de D. Juan fué Sofía, amiga en Málaga de la Condesa de Teba, que fué casada con el segundo Napoleón, histórica Emperatriz de los franceses. Llamada a París por ésta, casó allí con el Mariscal Pelissier, Duque de Malakoff. Hijo y heredero de D. Juan fué Luis, casado con la Marquesa de Villasinda, hija segunda del Duque de Rivas, ínclito hijo y sucesor del primer jefe de D. Juan.

Don Juan y el terruño

Hemos dicho que D. Juan era un caso de atavismo en su aspecto de temperamento cordobés. Era un perfecto «homo duplex», como opinaba Maurice Barrés del español. El atildado Embajador en Viena podía ser igualmente situado como el Corregidor y la Molinera de Alarcón o como Rodríguez Marín, el Bachiller de Osuna, diciendo cosas en el Casino de su lugar ducal o como Cervantes, también «cordobés», tal y como él se describe en su dedicatoria del «Persiles», si nuestra memoria no yerra.

Refería sus cuentos, anécdotas, chascarrillos, con faz risueña y con gracejo andaluz, pausadamente. Se reía de vez en cuando a pequeñas carcajadas, con alegría de una excelente salud: «Mens sana in corpore sano». También el Duque de Rivas, cordobés, era un simpático conversador, de igual corte, chispa y nervio.

Hubo un Pretor o Procónsul romano que, habiendo residido en Córdoba, se llevó consigo a Roma una corte de «poetas cordobeses», que, por lo visto, chocaron con los gustos literarios del Lácio. De «Pingües y peregrinos», esto es, crasos y exóticos, los tacharon los eruditos de aquel tiempo. Exóticos, si lo eran, como extranjeros y en cuanto a crasos, lo serían por la abundancia, la exuberancia, que también tuvo Lucano.

De las dos caras de la medalla turdetana: Demócrito y Heráclito, el primero, en el anverso fué el jocosos poeta Cánio, gaditano, loado de su ingenio por Marcial. Perpétuamente jocundo y chancero, tenía la sal ática, lo helénico, que era partidario de las celeberrimas bayaderas de Cádiz, las danzarinas que hacían furor en Roma y cuyos bailes eran griegos como origen, pero de cuya sandunga sólo podía jactarse Andalucía.

Reverso de Cánio en la medalla turdetana, del andaluz eternamente jovial y dicharachero, fué Porfio Latrón, cordobés, el primer Rector: Maestro de literatura pagado en Roma por el Estado. Pálido por el exceso del estudio y los insomnios, sus discípulos lo imitaban tomando hierbas para ello. Atacado de las tercianas propias del agro romano por sus lagunas y hastiado por no poder dominarlas, desechándolas, se suicidió según usanza ibérica.

El doble aspecto de D. Juan

Ocurrente y paradójico, D. Juan Valera se inclinó más a lo risueño que a lo grave, pero, en rigor, se acercó a lo equidistante. Más que la risa simbolizó la sonrisa, prefiriendo la comedia al melodrama.

Nació en el año 1824 y falleció en 1905, de 81 años de edad, soportando su ceguera con ejemplar resignación.

Junto al aspecto de su vida ya descrita, nos ofrece su figura una personalidad compleja, multiforme, la del polígrafo. En su dilatada existencia cultivó todos los géneros de la literatura. Con su impasibilidad fué novelista, poeta, dramaturgo, sociólogo, criticista, historiador y políglota, a un mismo tiempo humorista moderno, hombre de letras y hombre de sociedad.

Fué también hombre político, afiliado al partido liberal, con el cual fué Ministro Plenipotenciario como Subsecretario de Estado. En el campo de las letras desarrolló una política de acercamiento hacia el Nuevo Continente con sus «Cartas Americanas», muy fecun-

do, pues aquel gran escritor cultivó siempre el género epistolar por igual en lo privado que en público.

Como estilista practicó el casticismo, no en el sentido de «hablar en la fabla que no se ha hablado jamás», ridiculez en que incurrió Moratín al despecho de su francesismo y su buen gusto. Se emparentó en tal sentido con Cervantes, que en su larga estadía en Italia se saturó del estilo de los grandes autores vernáculos, adquiriendo la sencillez y la soltura que habían perdido en España nuestros clásicos envenenados los más por la imitación latina, por el hipérbaton y por el engolamiento, por lo afectado y aquel amaneramiento logomáquico que los italianos llamaron y denominan todavía «españolésco».

Don Juan dilectante

Aristócrata por su cuna, diplomata por su oficio, D. Juan Valera no fué un profesional en las Letras. Fué siempre un aficionado que superó a cualquier profesional. Fué un amador, como dicen los franceses, como lo fueron, tan insignes como él, los egregios escritores contemporáneos que se llamaron el Duque de Rivas y el de Frías, inclito vate, el Conde Alfredo de Musset y el Conde Víctor Hugo en Francia, el Lord Byron en Inglaterra, el Conde Alfieri en Italia, el Baron de Humboldt en Alemania entre otros más como el Príncipe Kropótkin en Rusia.

También procede incluir en este grupo a Espronceda, poeta máximo, Caballero Oficial de Reales Guardias de Corps, y a Zorrilla, Caballero Alumno del Colegio de Nobles de los Escolapios de Madrid, continuador del Teatro Clásico español perfeccionándolo al simplificar su estilo y cúlmen del Romanticismo, de origen francés, en España, más romántico en su vida que en sus versos.

Síntesis

Don Juan Valera, gloria de Córdoba, patria también de Juan de Mena y de D. Luis de Góngora, es una de las más altas cumbres espirituales de la España del siglo XIX. El, arraigado al terruño, dió el espaldarazo literario al nicaraguo Ruben Darío por su «Azul», haciéndose así acreedor al homenaje de la gratitud de todos conjuntamente, españoles e hispanos y a que su patria nativa le erija en su corazón un monumento de amor y de respeto. Son los grandes hombres los faros que iluminan las vías del progreso y de la Historia.

Marqués de Dosfuentes.